

Homenaje póstumo a José Milner Cajahuaringa

Jorge Bernuy
Artista plástico

En los años cincuenta, la Escuela Nacional de Bellas Artes del Perú continuaba con su enseñanza tradicional y conservadora, mientras que a Lima llegaban muestras de arte de vanguardia al Instituto de Arte Contemporáneo. Como es natural, los alumnos se dieron cuenta de este desbalance y presionaron, mediante la federación de estudiantes, para que se implementaran a los cuatro años de estudios académicos del bodegón y la figura humana, dos años de taller libre, donde los alumnos pudieran investigar y realizar sus búsquedas, dentro de las nuevas tendencias, con toda libertad.

Grandes exposiciones llegaron a Lima, como la de arte contemporáneo alemán, los informalistas españoles, entre otras. Juan Manuel Ugarte Eléspuru, un gran maestro y director, por otra parte, hizo las gestiones para que la escuela participara en la Bienal de Arte de Sao Paulo. En ese tiempo participaron los profesores Ricardo Sánchez, Carlos Aitor Castillo, Sabino Springett, Alberto Dávila y los invitados Fernando de Szyszlo, Eduardo Moll y los jóvenes Arturo Kubotta, Enrique Galdos Rivas, Alberto Quintanilla, Miguel Angel Cuadros, José Milner Cajahuaringa y Alfredo Ayzanoa, ganador de una mención honrosa. Este grupo de jóvenes pintores de los años 60 quedará como una de las más importantes promociones de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

José Milner Cajahuaringa García, (Huarochirí, 1922-Lima, 2017), muy joven parte a Buenos Aires para estudiar Medicina y paralelamente se matricula en la Asociación Plástica Argentina para estudiar Dibujo y Pintura, teniendo como maestro a Demetrio Urruchua. Después de tres años regresa al Perú, en 1954, y se matricula en la Escuela Nacional de Bellas Artes, egresando en 1959 con medalla de oro. En 1960 participa en la Primera Bienal de la Juventud de París. En 1964 se hace acreedor de una beca otorgada por el Instituto de Cultura Hispánica para seguir estudios de Pintura. En 1965 es nombrado profesor de Pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes, hasta 1986.

Cajahuaringa cuenta con más de 50 muestras individuales y 80 colectivas en Europa, Estados Unidos y Sudamérica. Desde sus inicios, este pintor fue enemigo de cualquier encasillamiento. Artista hábil en el dibujo y en el manejo del color, de ejecución rápida y directa, con una pupila dotada para la captación de la vivacidad cromática de su tierra, Huarochirí, el aire fino y transparente, y las campesinas adornadas de flores. Otra etapa es el tema social trabajado en blanco y negro para remarcar la dominación y abusos cometidos por los españoles en la conquista del Perú, por lo que fue duramente criticado por Juan Acha. Cajahuaringa respondió con una muestra en una pequeña galería de Lima, en la que instaló un tronco de árbol donde incrustó un hacha acompañada de un letrado en rojo

en el que había escrito “Esto es la pintura peruana”. El crítico respondió con otro artículo fundamentando su posición.

Cajahuaringa ya había presentado antes varias muestras de pintura abstracta dentro del *action painting*, donde el pintor se expresa con toda libertad, destacando el fulgor del trazo por su violencia paroxística, los ritmos rotos y entrecruzados, llegando a su mayor simplicidad y penetración del color. Para eso, aquietta las vibraciones del empaste, expande las transparencias de sus planos, intensifica los componentes cromáticos hasta convertirlos en protagonistas de su superficie pictórica. En 1961, con su obra *Sin Título*, se desvincula casi por completo de lo realizado hasta entonces. Se siente atraído por el gusto barroco, por abarcar todo el espacio, por trabar cada una de las unidades que componen la obra. Este horror al vacío será una de las tantas obsesiones que lo llevará a una febril actividad, donde rompe la uniformidad de las tierras de sombra mediante manchas distribuidas por todo el espacio y renuncia a toda literatura o anécdota, y busca el signo que nos sugiere la realidad. No pretende describir ningún objeto, sino el ámbito donde se desenvuelven formas que parecen flotar a través de una atmósfera pantanosa. Mediante símbolos dispares, monocromos, describe una especie de microcosmos de aguas subterráneas en el que parecen burbujear haciendo ganar calidades a la obra. Es pues, en otras palabras, un sutilísimo juego cromático con formas que caracolean en un pantano. Es la superposición de colores lo que provoca esa metamorfosis cromática, suelta, casual, desinhibida y espontánea lo que caracteriza la obra de José Milner en esta época.

Profesor de su alma máter de 1965 a 1986, su primera individual la realizó en la Galería de la ANEA y ha presentado más de 50 muestras individuales.

En 1968, Cajahuaringa encuentra nueva expresión en lo que él llamó *colores flotantes*, que es considerada la trayectoria más importante y más cargada de significación poética de este artista. Inspirada en las ventanas y puertas trapezoidales de la cultura inca, con gran vibración cromática, los perfiles acusados de las formas que otorgan un acento de grandeza nos permiten ver al trapecio bajo un nuevo punto de vista, en el que destacan la descomposición de la luz, la preocupación sintética del movimiento, la vibración por el degradé del color, el cual da a sus superficies una sensación de movimiento y cualidades al fondo de la composición.

Cajahuaringa figura en el Almanaque Mundial impreso en 1959. Expuso en la Unión Panamericana de Washington, en 1959. Fue premiado en la Gran Muestra de Arte de América y España en Madrid, en 1964. Participó en la Primera Bienal de la Juventud de París en 1960; en la Bienal de Córdoba, Argentina y en la de Santiago de Chile, en 1960. Además, participó en la Séptima Bienal de Sao Paulo y en la Primera y Segunda Bienal de Trujillo, del 83 y 85, y en la Primera Bienal Iberoamericana de Lima en 1997. Obras suyas se encuentran en museos de Medellín, Roma, Viena, España y Suiza.